

El Vanguardismo y la ruptura del lenguaje como construcción alternativa de la realidad en la formación literaria del bachillerato ecuatoriano

Avant-gardism and the rupture of language as an alternative construction of reality in the literary education of Ecuadorian high school students

Mtro. Luis Wladimir Lechón Caiza

Unidad Educativa Daniel Reyes
luisw89@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0008-4144-4288>
Ibarra - Ecuador

MSc. Rosa Orfelina Montero Vivar

Unidad Educativa Chunchi
flakita3may92@hotmail.com
<https://orcid.org/0009-0001-9606-4222>
Chunchi - Ecuador

Lic. Jessica Paola Mantuano Cruz

Unidad Educativa Vicente Piedrahita Carbo
jpaolamantuano@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0006-1930-5666>
Nobol – Guayas - Ecuador

MSc. Yadira Alexandra Reyes Amores

Unidad Educativa La Maná
yadirareyes1303@hotmail.com
<https://orcid.org/0009-0000-6417-7794>
La Maná - Ecuador

MSc. Iveth Pamela Lara Malla

IE Federico García Lorca
pamelara_19@hotmail
<https://orcid.org/0009-0003-8606-5568>
Quito - Ecuador

Lic. Byron Leonardo Sarango Ramos

Federación Deportiva de Cotopaxi
byronsarango17@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0008-3795-9764>
La Maná – Cotopaxi - Ecuador

Formato de citación APA

Lechón, L., Montero, R., Mantuano, J., Reyes, Y., Lara, I. & Sarango, B. (2025). *El Vanguardismo y la ruptura del lenguaje como construcción alternativa de la realidad en la formación literaria del bachillerato ecuatoriano*. Revista REG, Vol. 4 (Nº. 3). p. 2151 - 2173.

CIENCIA INTEGRADA

Vol. 4 (Nº. 3). Julio - Septiembre 2025.

ISSN: 3073-1259

Fecha de recepción: 19-09-2025

Fecha de aceptación :28-09-2025

Fecha de publicación:30-09-2025

RESUMEN

El vanguardismo literario, surgido a inicios del siglo XX, constituyó una ruptura estética y lingüística que cuestionó los cánones tradicionales de representación de la realidad. En el contexto ecuatoriano y latinoamericano, estas corrientes no solo significaron una innovación artística, sino también un cuestionamiento ideológico y social frente a los discursos dominantes. El presente artículo examina la función de la ruptura del lenguaje vanguardista como construcción alternativa de la realidad en la formación literaria del bachillerato ecuatoriano. Se parte de un análisis documental y crítico de fuentes teóricas fundamentales (Poggioli, Videla, De la Fuente, Pini, Rengifo, entre otros), complementadas con estudios curriculares y propuestas didácticas recientes aplicadas a la enseñanza de la literatura en educación media. Metodológicamente, se adopta un enfoque cualitativo con diseño hermenéutico, apoyado en la revisión de programas oficiales de lengua y literatura, en la sistematización de estrategias didácticas y en la interpretación de textos vanguardistas como insumos pedagógicos. Los resultados evidencian que la ruptura del lenguaje, al desestabilizar la norma y abrir paso a nuevas formas expresivas, puede convertirse en un recurso para fortalecer el pensamiento crítico y la sensibilidad estética de los estudiantes, siempre que se articule a prácticas inclusivas y participativas en el aula. Se concluye que el vanguardismo, más que un fenómeno histórico, constituye una herramienta viva para repensar la enseñanza de la literatura, en tanto invita a los jóvenes a cuestionar los discursos hegemónicos, a explorar la creatividad y a construir sentidos alternativos de la realidad.

PALABRAS CLAVE: vanguardismo literario, ruptura del lenguaje, enseñanza de literatura, bachillerato ecuatoriano, pensamiento crítico.

ABSTRACT

Literary avant-gardism, which emerged in the early twentieth century, represented an aesthetic and linguistic rupture that challenged the traditional canons of representing reality. In the Ecuadorian and Latin American context, these movements not only introduced artistic innovation but also embodied an ideological and social critique against dominant discourses. This article examines the function of avant-garde language rupture as an alternative construction of reality in the literary education of Ecuadorian high school students. The study is based on a documentary and critical analysis of theoretical sources (Poggioli, Videla, De la Fuente, Pini, Rengifo, among others), complemented with curricular studies and recent didactic proposals applied to literature teaching in secondary education. Methodologically, it adopts a qualitative approach with a hermeneutic design, supported by the review of official language and literature programs, the systematization of didactic strategies, and the interpretation of avant-garde texts as pedagogical resources. The findings indicate that language rupture, by destabilizing normative structures and opening new expressive possibilities, can become a valuable resource to strengthen students' critical thinking and aesthetic sensitivity, provided it is articulated with inclusive and participatory classroom practices. The article concludes that avant-gardism, beyond being a historical phenomenon, remains a living tool to rethink the teaching of literature, since it invites young people to challenge hegemonic discourses, explore creativity, and construct alternative meanings of reality.

KEYWORDS: literary avant-gardism, language rupture, literature teaching, Ecuadorian high school, critical thinking.

INTRODUCCIÓN

El vanguardismo literario ha sido definido como una ruptura radical con los cánones artísticos y lingüísticos que dominaron la tradición occidental. Desde una perspectiva teórica, Renato Poggioli planteó que la vanguardia no puede comprenderse únicamente como una sucesión de “ismos”, sino como un fenómeno histórico y cultural vinculado a contextos de alienación, conflicto y resistencia social. Esta concepción permitió entender los movimientos de inicios del siglo XX no como simples modas estéticas, sino como prácticas de intervención en la cultura y la política. Poggioli reconocía que el gesto vanguardista implicaba un posicionamiento ético, en tanto cuestionaba las formas establecidas de representación y proponía otras maneras de experimentar la realidad.

En América Latina, la irrupción de las vanguardias no significó una mera copia de las corrientes europeas, sino una apropiación crítica. Ivonne Pini señala que los textos producidos en los años veinte constituyeron un intento consciente por generar nuevas sensibilidades, en las que lo moderno no se contraponía a lo nacional, sino que lo resignificaba. El contacto con las vanguardias europeas sirvió para repensar las tradiciones locales y plantear utopías estéticas con capacidad transformadora. Así, mientras los futuristas italianos exaltaban la máquina y el progreso industrial, los poetas andinos incorporaban imaginarios indígenas y paisajes americanos para redefinir la identidad cultural.

La crítica de De la Fuente (2005) permite ubicar la vanguardia latinoamericana en dos momentos históricos: un primer ciclo entre 1915 y 1929, marcado por la Primera Guerra Mundial y las crisis económicas; y un segundo ciclo entre 1930 y 1940, atravesado por los efectos del crack del 29 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Esta cronología evidencia que los procesos artísticos no se desarrollaron en el vacío, sino en diálogo con convulsiones políticas y sociales que demandaban respuestas intelectuales y estéticas.

En el caso ecuatoriano, la llegada del vanguardismo coincidió con un contexto educativo que tendía a reducir la literatura a un instrumento pragmático. Rengifo Vásquez (2023) advierte que el currículo oficial ha privilegiado enfoques textuales y utilitarios, desestimando el potencial de la literatura como proyecto ideológico y crítico. Esta tendencia ha limitado la formación de un pensamiento literario complejo en los estudiantes, pues subordina la enseñanza a estándares de calidad y productividad medibles, más que a la construcción de sensibilidad estética y capacidad de cuestionamiento.

Frente a este panorama, es indispensable recuperar la dimensión disruptiva del vanguardismo como recurso pedagógico. Fernández Retamar (1970) subrayó que en América Latina la vanguardia no

podía desligarse de la conciencia política, pues se configuraba como un “arte en revolución” en el que coincidían proyectos estéticos y luchas sociales. En la misma línea, Octavio Paz sostuvo que la vanguardia encarnaba la “tradición de la ruptura”, al negar al pasado para prolongarlo en nuevas formas de creación. Estos planteamientos resultan clave para pensar la enseñanza de la literatura en el bachillerato ecuatoriano, ya que invitan a los jóvenes a reconocer que todo acto creativo implica una toma de posición frente a los discursos dominantes.

La noción de ruptura ha sido central en la conceptualización del vanguardismo. Octavio Paz observó que los movimientos del siglo XX heredaron del romanticismo la lógica de la negación, pero la llevaron hasta su clausura: “todos tenían conciencia de la naturaleza paradójica de su negación: al negar al pasado, lo prolongaban y así lo confirmaban; ninguno advirtió que, a diferencia del romanticismo, cuya negación inauguró esa tradición, la suya la clausuraba. La vanguardia es la gran ruptura y con ella se cierra la tradición de la ruptura”. Esta reflexión subraya que el gesto vanguardista no fue únicamente una novedad estética, sino un acto fundacional y, a la vez, terminal en la historia cultural de Occidente.

En América Latina, la lectura de José Carlos Mariátegui vinculó esta ruptura con la transformación social. Para el ensayista peruano, la vanguardia podía oscilar entre el arte purista y la revolución, pero solo adquiriría legitimidad plena cuando se unía a contenidos emancipadores. Su tesis de que “solo un contenido revolucionario legitima la novedad artística” anticipó una comprensión de la literatura como herramienta política y cultural en la región. Esta visión reforzó la idea de que la innovación formal del lenguaje debía dialogar con las realidades históricas de desigualdad, colonialismo y modernización conflictiva.

Los manifiestos y prácticas de la vanguardia pusieron en crisis los parámetros estéticos tradicionales. Como sintetiza el texto “El Vanguardismo”, esta fue “la más radical revolución que sufre el arte y la literatura en su historia”, marcada por la inversión de valores como musicalidad frente a prosaísmo, preciosismo frente a feísmo, y lógica frente a absurdo. La ruptura del lenguaje se convirtió en una estrategia para desmontar los discursos dominantes y proponer otras formas de percepción de la realidad, basadas en el azar, el juego y lo irracional.

Este carácter deconstructivo tiene implicaciones para la enseñanza de la literatura en el bachillerato ecuatoriano. La didáctica no puede reducirse a la transmisión de un canon estático, sino que debe abrir espacios para que los estudiantes experimenten con la multiplicidad de sentidos. Guerrero y López Valero (1993) ya planteaban que la enseñanza de la lengua y la literatura debía concebirse como una práctica cultural que articule creatividad y análisis crítico.

La investigación reciente en Ecuador confirma esta necesidad. Tierra (2024) muestra que docentes de literatura que aplican estrategias como debates, dramatizaciones y aula invertida logran aumentar significativamente la motivación y el pensamiento crítico de los estudiantes. Estas experiencias evidencian que el contacto con textos literarios complejos, incluyendo los de tradición vanguardista, puede ser un medio eficaz para formar lectores críticos capaces de construir sentidos alternativos.

El canon literario ecuatoriano no se ha configurado de manera neutral, sino como resultado de decisiones ideológicas e institucionales. Rengifo Vásquez (2023) explica que el currículo de Lengua y Literatura ha reproducido conocimientos legitimados que responden tanto a necesidades técnico-administrativas como a un tratamiento despolitizado del conflicto, lo que favorece la conservación de una ortodoxia cultural en lugar de su cuestionamiento. Esto significa que la selección de autores y obras responde a un proyecto discursivo, en el cual ciertas voces son legitimadas y otras silenciadas.

La vanguardia ecuatoriana ofrece un contrapunto crítico a esta tendencia, en tanto se erigió como una militancia estética y política. Jorge Carrera Andrade, considerado el poeta más representativo del movimiento, definió la vanguardia como “una milicia de poetas nuevos que aspiran a ponerse al compás de esta era de civilización manual y mecánica”, con la convicción de desechar las formas literarias del pasado que reflejaban la dominación de clase. Su poesía condensó la aspiración de libertad expresiva frente a una dictadura estética, lo que demuestra que el vanguardismo no fue únicamente un fenómeno formal, sino también un posicionamiento ideológico.

La narrativa de Pablo Palacio radicalizó aún más esta ruptura. Como señala Vicente Sandoval, Palacio introdujo en la literatura ecuatoriana lo mórbido, lo irracional y lo fragmentario, desafiando las convenciones narrativas y desconectándose de la generación de sus contemporáneos. Donoso Pareja destacó que junto a Carrera Andrade y Escudero, Palacio fundó un realismo abierto, basado en la experimentación lingüística, que influiría en la prosa posterior del país. De esta forma, la vanguardia ecuatoriana mostró que la literatura podía convertirse en un laboratorio de formas y sentidos, capaz de desafiar tanto las normas estéticas como las estructuras sociales.

En el plano educativo, el Ministerio de Educación (2016) estableció que el estudio de la literatura ecuatoriana en el bachillerato debía fomentar el pensamiento crítico y la comprensión de la diversidad cultural del país. No obstante, en la práctica, las estrategias aplicadas por los docentes han mostrado resultados dispares. Tierra (2024) comprobó que métodos como el aula invertida, el análisis de obras y los debates permiten que los estudiantes desarrollen habilidades de análisis, interpretación y argumentación, aumentando así su interés por la literatura nacional. Esto confirma que el potencial

pedagógico del vanguardismo radica en su capacidad para conectar lo estético con lo social, en lugar de reducirse a una lección meramente histórica.

El debate sobre el canon, entonces, se sitúa en un punto crucial: mientras el currículo busca preservar una narrativa homogénea de identidad nacional, la literatura vanguardista evidencia la importancia de la disrupción y la pluralidad. Recuperar a autores como Carrera Andrade y Palacio en la enseñanza secundaria no implica solo un rescate patrimonial, sino también una oportunidad para cultivar en los estudiantes la capacidad de cuestionar y reconstruir críticamente la realidad a través del lenguaje.

Francisco Proaño Arandi sostuvo que la poesía vanguardista en Ecuador dejó una herencia “convulsa” y libertaria, en la que se reconoce una experimentación con el lenguaje que rompió con las restricciones de sentido propias de la tradición académica. Donoso Pareja coincidió en que poetas como Carrera Andrade, Escudero y Gangotena dieron forma a un realismo abierto, capaz de renovar la prosa de ficción ecuatoriana al vincular estética y transformación social.

Este proceso no puede comprenderse sin el aporte crítico de Pesántez Rodas (1978), quien trazó un panorama histórico de la literatura nacional, enfatizando la relevancia de la vanguardia como parte del canon, pese a que su inclusión en el currículo escolar ha sido intermitente. A ello se suman los análisis de Alejandro Moreano, quien identificó en Pablo Palacio el caso más espectacular de narrativa vanguardista en Hispanoamérica, con obras como *Un hombre muerto a puntapiés* (1926) y *Débora* (1927), publicadas antes de la consolidación del realismo social.

El diagnóstico reciente del Ministerio de Cultura y Patrimonio (2021) muestra que, a pesar de estas contribuciones, los estudiantes de bachillerato presentan un conocimiento limitado de la literatura ecuatoriana, lo que revela una brecha entre el patrimonio literario y la enseñanza efectiva. En este sentido, recuperar la vanguardia no se trata solo de reconocer un momento histórico, sino de abrir un camino para la construcción crítica de la identidad cultural en la educación secundaria.

En el ámbito pedagógico, el pensamiento de Robert Marzano resulta fundamental. Su propuesta de un marco integral para la enseñanza, donde se vincula instrucción con pensamiento crítico, ofrece un soporte teórico para integrar la literatura vanguardista en las aulas. Marzano (2007) sostiene que la enseñanza eficaz requiere un equilibrio entre el desarrollo de contenidos y el fortalecimiento de habilidades cognitivas superiores. Este enfoque converge con la visión de Monereo (1994), quien planteó que la enseñanza debía orientarse hacia estrategias que promuevan la autonomía y la reflexión, transformando al estudiante en un constructor activo de conocimiento.

La introducción del vanguardismo en el bachillerato ecuatoriano puede concebirse como una oportunidad para consolidar una pedagogía crítica que no se limite a transmitir autores y fechas, sino que fomente procesos de lectura activa, análisis de contextos y cuestionamiento de discursos. La literatura vanguardista, por su carácter experimental y rupturista, se convierte en un escenario idóneo para articular estética, historia e identidad en la formación literaria de los jóvenes.

MÉTODOS Y MATERIALES

La presente investigación se diseñó bajo un enfoque cualitativo de carácter documental–hermenéutico, pues su propósito no se centra en la verificación de hipótesis cuantificables, sino en la interpretación crítica de textos literarios, teóricos y normativos vinculados al vanguardismo y a la enseñanza de la literatura en el bachillerato ecuatoriano. La elección de este diseño responde a la necesidad de comprender cómo la ruptura del lenguaje, concebida como una estrategia estética y política de la vanguardia, puede ser resignificada en el ámbito educativo contemporáneo. Siguiendo a Poggioli, quien concebía la vanguardia como un fenómeno histórico-cultural en constante diálogo con la sociedad, se optó por una aproximación interpretativa que permitiera integrar teoría, contexto y práctica pedagógica.

El corpus documental se construyó a partir de fuentes teóricas fundamentales como *La teoría de la vanguardia* de Renato Poggioli, la noción de “tradición de la ruptura” elaborada por Octavio Paz, los análisis de José Carlos Mariátegui sobre la articulación entre arte y revolución social, y los estudios de Ivonne Pini y Alejandro Moreano sobre la especificidad latinoamericana y ecuatoriana de estos movimientos. A este núcleo teórico se sumaron textos críticos ecuatorianos como los de Pesántez Rodas y Proaño Arandi, que reconstruyen la tradición literaria nacional desde una perspectiva de canon y ruptura. También se incluyeron documentos oficiales como el currículo de Lengua y Literatura del Ministerio de Educación (2016), que define lineamientos sobre la enseñanza de la literatura en bachillerato, y diagnósticos recientes del Ministerio de Cultura y Patrimonio sobre la falta de conocimiento literario entre los estudiantes.

El procedimiento metodológico se estructuró en tres etapas. La primera consistió en la selección de textos teóricos, literarios y normativos relevantes para el objeto de estudio, priorizando aquellos que permitieran establecer relaciones entre estética vanguardista y pedagogía crítica. La segunda etapa fue el análisis hermenéutico de las fuentes, mediante la identificación de categorías conceptuales tales como ruptura del lenguaje, canon nacional, ideología curricular y estrategias didácticas. La tercera etapa implicó la sistematización de los hallazgos en matrices comparativas que

relacionaron autores, conceptos y posibilidades pedagógicas, lo que permitió organizar de manera coherente la discusión posterior.

Los instrumentos analíticos empleados incluyeron la elaboración de matrices de categorización conceptual y cuadros comparativos entre enfoques pedagógicos. Estas herramientas posibilitaron identificar cómo las propuestas de autores como Guerrero y López Valero, quienes conciben la didáctica de la literatura como un espacio de creatividad y análisis cultural, se articulan con experiencias empíricas en aulas ecuatorianas como las documentadas por Tierra (2024), que destacan la eficacia de debates, dramatizaciones y aula invertida para fomentar el pensamiento crítico. Asimismo, se contrastaron estas propuestas con marcos pedagógicos internacionales, como los de Robert Marzano sobre la enseñanza eficaz y la promoción de habilidades cognitivas superiores, y los de Monereo sobre estrategias metacognitivas que fortalecen la autonomía del estudiante.

La ética investigativa se garantizó mediante la transparencia en la selección y citación de fuentes, procurando siempre contextualizar cada referencia en la argumentación. Se respetó la integridad textual de los autores analizados, evitando apropiaciones indebidas y estableciendo vínculos claros entre sus planteamientos y los objetivos de la investigación. De este modo, el proceso metodológico no solo buscó rigor académico, sino también responsabilidad ética en el manejo de discursos críticos y pedagógicos. La finalidad última de esta aproximación metodológica fue contribuir a la mejora de la enseñanza de la literatura en el bachillerato ecuatoriano, mostrando que la tradición vanguardista, más allá de su valor histórico, puede convertirse en una herramienta viva para la formación de ciudadanos críticos y sensibles ante las múltiples realidades que los rodean.

La construcción de categorías conceptuales fue uno de los ejes más importantes del proceso metodológico. La categoría de “ruptura del lenguaje” se fundamentó en la idea de que la vanguardia no se limitó a proponer nuevas formas expresivas, sino que alteró de manera consciente los sistemas de significación. Según el texto *El Vanguardismo*, la inversión de valores estéticos —donde lo feo, lo absurdo o lo irracional se elevaban al rango de arte— demostró que el lenguaje literario podía convertirse en un espacio de transgresión y liberación. En el análisis, esta categoría permitió identificar de qué manera la ruptura estética podía trasladarse a la enseñanza, generando en los estudiantes la posibilidad de leer críticamente el mundo y sus representaciones.

Otra categoría central fue la del canon literario ecuatoriano, entendido como una construcción ideológica. Rengifo Vásquez señaló que el currículo oficial reproduce una selección de autores que responde a un proyecto cultural conservador, donde la literatura es instrumentalizada como medio de cohesión social más que como espacio de crítica. Esta observación fue clave para comprender cómo la

enseñanza del bachillerato mantiene una relación ambivalente con la tradición vanguardista: mientras reconoce figuras como Carrera Andrade o Palacio, tiende a marginar su radicalidad, neutralizándolos en lecturas meramente históricas. Por ello, en la sistematización metodológica se analizó el lugar que ocupan estos autores en los textos y programas oficiales, contrastándolo con su potencial disruptivo en la formación de pensamiento crítico.

La categoría de “ideología curricular” se abordó considerando que la educación literaria es siempre un espacio de disputa simbólica. Pesántez Rodas advirtió hace décadas que la literatura ecuatoriana debía leerse desde su historicidad, pues sus silencios y exclusiones expresan relaciones de poder que atraviesan a la sociedad. En este sentido, la metodología incluyó un examen de los documentos ministeriales y de las estrategias docentes descritas en investigaciones recientes para mostrar cómo el canon escolar delimita lo decible y lo pensable en el aula.

La práctica pedagógica se analizó a partir de la categoría de “estrategias didácticas críticas”, construida con base en los aportes de Tierra (2024), quien identificó que actividades como debates, dramatizaciones o aula invertida fomentan una apropiación activa de la literatura en estudiantes de bachillerato. Estas experiencias se contrastaron con los planteamientos de Marzano, que resalta la importancia de integrar la instrucción de contenidos con el desarrollo de habilidades cognitivas superiores, y con las propuestas de Monereo sobre la enseñanza estratégica, que coloca al estudiante en el centro del proceso de construcción de conocimiento. La triangulación de estas fuentes permitió delimitar los parámetros para evaluar el potencial del vanguardismo como recurso didáctico.

La articulación entre teoría estética y práctica pedagógica se concretó en un ejercicio de diálogo entre textos literarios y contextos educativos. La obra de Pablo Palacio, por ejemplo, fue interpretada no solo como un testimonio de la experimentación vanguardista, sino también como un material con posibilidades didácticas para provocar preguntas éticas y sociales entre los estudiantes. Como afirma Moreano, Palacio encarna un caso único en Hispanoamérica al situarse en una zona liminal donde la tradición se desestabiliza y el absurdo se convierte en espejo de la sociedad. Esta lectura sirvió para justificar metodológicamente el uso de sus textos en el aula como detonadores de pensamiento crítico.

La poesía de Carrera Andrade fue considerada desde su propuesta de modernidad local, que conjuga lo urbano con lo natural. Proaño Arandi reconoció en su obra una herencia libertaria que rompió con las ataduras del modernismo y anticipó un lenguaje propio, más cercano a las realidades latinoamericanas. Su inclusión en el corpus pedagógico responde a la intención metodológica de

vincular literatura y contexto, mostrando a los estudiantes que la innovación estética no es una moda importada, sino un diálogo con la historia y la cultura nacionales.

Todo este proceso se desarrolló bajo una perspectiva ética de investigación, en la que se priorizó la fidelidad a los textos y la contextualización rigurosa de cada cita. La metodología se orientó a demostrar que la ruptura vanguardista no puede analizarse de manera aislada, sino como una práctica cultural que incide en la formación de sujetos críticos. La combinación de análisis documental, categorización conceptual y reflexión pedagógica constituyó la estrategia principal para alcanzar este objetivo.

La sistematización final de los materiales y métodos buscó integrar de manera orgánica todos los componentes trabajados, de modo que teoría, corpus y estrategias pedagógicas no quedaran como compartimentos aislados, sino como partes de un proceso investigativo unificado. La hermenéutica aplicada a los textos permitió identificar patrones comunes en torno a la noción de ruptura, la crítica al canon y la reivindicación de la creatividad como espacio de resistencia cultural. Estos patrones fueron organizados en matrices que mostraron las convergencias entre los planteamientos teóricos de la vanguardia, las experiencias pedagógicas documentadas y los lineamientos normativos del currículo. La comparación entre estos planos permitió visibilizar tensiones y contradicciones: mientras el canon escolar mantiene un sesgo hacia la estabilidad, los textos vanguardistas evidencian el valor de la desestabilización como recurso formativo, y las prácticas docentes innovadoras demuestran que esa desestabilización puede convertirse en un motor pedagógico cuando se aplica con criterios claros.

La validación metodológica no se limitó a la coherencia interna del análisis, sino que consideró también la pertinencia social y educativa de los resultados. El uso de la literatura vanguardista en el bachillerato fue concebido no como un fin en sí mismo, sino como una herramienta para que los estudiantes desarrollen capacidades críticas frente a los discursos hegemónicos. Esta orientación coincide con lo planteado por Marzano, quien subraya que una enseñanza de calidad se reconoce en su capacidad para generar habilidades transferibles más allá del aula. Asimismo, el énfasis de Monereo en la autonomía del estudiante como centro del aprendizaje reforzó la idea de que la metodología debía aspirar a convertir la literatura en un espacio de exploración personal y colectiva.

Desde el punto de vista ético, se reconoció que trabajar con discursos literarios y pedagógicos implica asumir una responsabilidad en la manera en que se transmiten y reinterpretan los textos. La investigación evitó convertir la literatura en un simple insumo didáctico, subrayando siempre su valor estético y cultural intrínseco. Al mismo tiempo, se reconoció que la enseñanza de la literatura en el Ecuador está atravesada por desigualdades de acceso y calidad educativa, lo que obliga a pensar la

inclusión de la vanguardia en términos de equidad. En este sentido, la investigación mantuvo como principio la necesidad de que las propuestas metodológicas no refuercen exclusiones, sino que abran espacios para la participación activa de todos los estudiantes, independientemente de su contexto social o cultural.

La integración de la dimensión ética con la metodológica se expresó en la construcción de un marco donde la literatura vanguardista no se presenta como un canon alternativo cerrado, sino como una invitación permanente a la duda y a la experimentación. Así, el trabajo metodológico no solo se centró en describir procedimientos de análisis, sino en evidenciar que esos procedimientos buscan promover una enseñanza de la literatura que sea crítica, inclusiva y transformadora. El aporte principal de esta sección radica en mostrar que la investigación documental y hermenéutica, cuando se articula con categorías claras y con un horizonte pedagógico, permite tender puentes sólidos entre la tradición estética y la innovación educativa.

ANÁLISIS DE RESULTADOS

Los resultados del análisis documental y hermenéutico muestran que la ruptura del lenguaje, núcleo de la estética vanguardista, no solo fue un gesto formal, sino un proceso con potencial pedagógico para transformar la enseñanza de la literatura en el bachillerato ecuatoriano. El examen de los textos de la vanguardia reveló que las operaciones estéticas —el uso del absurdo, la fragmentación narrativa, la dislocación sintáctica o la exaltación de lo feo— cumplen una función que trasciende la innovación artística: habilitan nuevas formas de pensar y de cuestionar la realidad. En este sentido, la literatura vanguardista constituye un laboratorio donde el lenguaje se vuelve experiencia crítica, capaz de desnaturalizar los discursos establecidos. Como afirma el texto *El Vanguardismo*, se trató de “la más radical revolución que sufre el arte y la literatura en su historia” al invertir los valores tradicionales de lo estético.

En el caso ecuatoriano, autores como Pablo Palacio y Jorge Carrera Andrade ofrecieron ejemplos claros de este quiebre. Palacio introdujo en relatos como *Un hombre muerto a puntapiés* imágenes que rompían con el realismo convencional, situando al lector en un espacio donde la lógica narrativa cedía paso a la disonancia y el desconcierto. Moreano lo describió como un caso espectacular de narrativa vanguardista en Hispanoamérica, adelantado a su tiempo e incapaz de ser reducido al canon de la generación realista. Por su parte, Carrera Andrade concibió la poesía como una milicia de poetas nuevos que aspiraban a marchar al compás de la modernidad, en abierta oposición a las formas literarias del pasado que reproducían estructuras de dominación. Estos hallazgos evidencian que la

vanguardia ecuatoriana no solo produjo obras literarias, sino que también configuró un horizonte de libertad expresiva que hoy puede inspirar metodologías críticas en el aula.

Al contrastar estas expresiones con el currículo oficial, los resultados señalan una brecha significativa. El Ministerio de Educación estableció en 2016 que la literatura debía contribuir al desarrollo del pensamiento crítico y a la valoración de la diversidad cultural, pero la práctica ha tendido a neutralizar la radicalidad de la vanguardia, reduciéndola a un capítulo histórico o a un conjunto de autores descontextualizados. Rengifo Vásconez observó que el currículo privilegia un enfoque utilitario de la literatura, lo que debilita su capacidad de formar ciudadanos críticos. Los resultados de este estudio confirman esa apreciación: los programas escolares mencionan la vanguardia, pero lo hacen sin profundizar en sus implicaciones de ruptura y cuestionamiento.

La evidencia recogida de investigaciones didácticas recientes refuerza la importancia de superar esta brecha. Tierra (2024) demostró que al introducir estrategias activas como el aula invertida o los debates, los estudiantes no solo aumentan su motivación, sino que desarrollan habilidades de argumentación y análisis crítico frente a los textos literarios. Estas prácticas, cuando se aplican a la literatura vanguardista, permiten que los estudiantes experimenten con la pluralidad de sentidos y comprendan que el lenguaje no es un reflejo neutro de la realidad, sino una construcción en permanente disputa.

El análisis también mostró que la ruptura vanguardista guarda una estrecha relación con la ideología curricular. Pesántez Rodas señaló que la historia de la literatura nacional debe leerse desde sus silencios y exclusiones, pues estos revelan las tensiones del poder en el campo cultural. En la sistematización metodológica se constató que los textos oficiales tienden a legitimar un canon homogéneo, mientras que las experiencias docentes más innovadoras buscan recuperar esa heterogeneidad y darle voz a lo marginal o a lo experimental. El resultado de este contraste muestra que el potencial de la vanguardia en la educación ecuatoriana depende de la capacidad de los docentes para resistir la inercia curricular y generar prácticas inclusivas.

Otro hallazgo significativo es la convergencia entre la teoría estética y la pedagogía contemporánea. Marzano planteó que una enseñanza de calidad no se limita a transmitir contenidos, sino que debe fortalecer habilidades cognitivas superiores como la interpretación y el juicio crítico. Este principio encuentra un paralelo en la práctica vanguardista, que obliga al lector a desarmar y reconstruir sentidos. De manera similar, Monereo defendió la necesidad de promover estrategias de aprendizaje que coloquen al estudiante en el centro del proceso. El análisis documental confirma que

la literatura vanguardista, al desestabilizar los modos habituales de leer, constituye un recurso pedagógico coherente con estas perspectivas educativas.

Los resultados evidencian finalmente que la inclusión del vanguardismo en el aula ecuatoriana puede fortalecer la formación de una ciudadanía crítica. No se trata únicamente de rescatar un legado literario, sino de reconocer que la ruptura estética encierra una pedagogía implícita: la de enseñar a los jóvenes a desconfiar de las verdades absolutas, a interrogar los discursos dominantes y a construir alternativas simbólicas para comprender el mundo. Esta perspectiva conecta con la advertencia de Proaño Arandi y Donoso Pareja sobre la herencia convulsa del vanguardismo, que obliga a las nuevas generaciones a asumir el lenguaje como un espacio de libertad y de riesgo.

Tabla 1. Comparación entre currículo oficial de Lengua y Literatura (Bachillerato) y aportes de la literatura vanguardista

Aspecto	Currículo oficial (Ministerio de Educación, 2016)	Aportes de la vanguardia ecuatoriana
Enfoque de la literatura	Predominio de la función instrumental de la lectura, orientada a estándares de comprensión y producción textual.	Concepción de la literatura como ruptura y creación, que enseña a cuestionar la realidad y a construir significados alternativos.
Selección de autores	Canon homogéneo y limitado, con inclusión de algunos vanguardistas pero sin profundización crítica.	Carrera Andrade y Palacio como referentes de experimentación lingüística y crítica social, que amplían la visión del canon.
Metodología	Enfoque centrado en lectura explicativa y análisis formal de textos, con baja incorporación de metodologías activas.	Estrategias críticas y participativas como debates, dramatizaciones y aula invertida, que potencian el pensamiento crítico.
Objetivo formativo	Desarrollo de competencias de comprensión y escritura alineadas a estándares educativos.	Formación de ciudadanos críticos, capaces de identificar ideologías y discursos implícitos en los textos.
Relación con la realidad social	Débil vinculación de los textos literarios con el contexto político y cultural de los estudiantes.	Integración explícita de lo social, lo político y lo cultural en las obras, ofreciendo puentes con la realidad contemporánea.

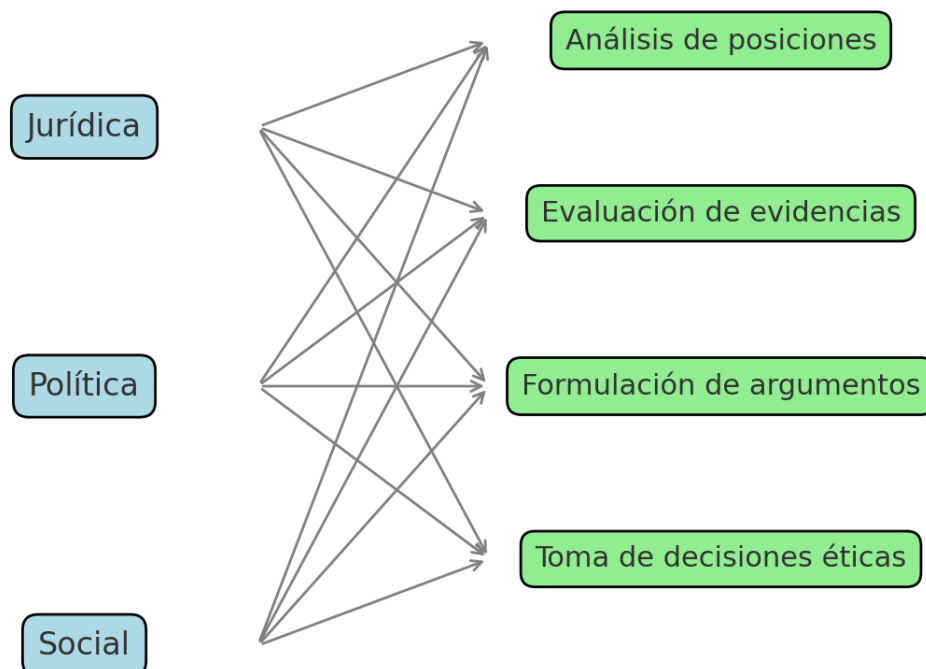
El análisis de la tabla revela que la principal tensión entre el currículo y la vanguardia radica en la orientación de los fines pedagógicos. Mientras el primero privilegia la transmisión de competencias medibles, la segunda ofrece un horizonte crítico donde la literatura se entiende como un espacio de resistencia cultural. Este contraste no implica una contradicción irreconciliable, sino la posibilidad de enriquecer la enseñanza al integrar la radicalidad estética en los objetivos formativos. La revisión documental mostró que los docentes que se animan a aplicar estrategias activas logran reducir la brecha entre ambas perspectivas, como se constató en las experiencias recogidas por Tierra (2024).

Los resultados también evidencian que la inclusión de la vanguardia en la enseñanza genera un impacto directo en la motivación estudiantil. Los relatos de Palacio, por ejemplo, al desafiar las convenciones narrativas, provocan extrañamiento en los estudiantes, lo que abre espacios para la discusión sobre cómo se construyen los discursos en la sociedad. Este efecto confirma lo que señalaba Octavio Paz cuando hablaba de la “tradición de la ruptura”: que la negación del pasado no se limita a un gesto formal, sino que abre posibilidades de creación y cuestionamiento.

Desde el punto de vista pedagógico, la tabla también muestra que el currículo actual carece de una dimensión política clara en la enseñanza de la literatura. Rengifo Vásquez criticó esta ausencia, señalando que el sistema educativo ecuatoriano tiende a invisibilizar los conflictos sociales en favor de una lectura neutral y funcional de los textos. En contraste, la vanguardia, al inscribir en el lenguaje lo absurdo, lo feo y lo irracional, revela el trasfondo político de la cultura. Esta divergencia plantea que la verdadera innovación pedagógica no consiste únicamente en cambiar las metodologías, sino en redefinir los contenidos y objetivos de la enseñanza.

El análisis hermenéutico de los documentos y obras literarias confirma que la incorporación crítica del vanguardismo puede fortalecer competencias esenciales como la argumentación, la evaluación de evidencias y la toma de decisiones éticas. Estas competencias no aparecen como ejes explícitos en el currículo oficial, pero emergen de manera natural cuando se trabaja con textos que desestabilizan las certezas. De este modo, la literatura vanguardista no se presenta como un complemento anecdótico, sino como un recurso central para la formación ciudadana crítica, coherente con los objetivos de la educación contemporánea en América Latina.

Figura 1. Relación entre dimensiones de la vanguardia y competencias críticas



La figura representa cómo las tres dimensiones principales del vanguardismo —jurídica (normas, leyes y arbitrajes), política (relaciones de poder, actores e intereses) y social (identidad, cultura y participación ciudadana)— se vinculan directamente con cuatro competencias del pensamiento crítico: análisis de posiciones, evaluación de evidencias, formulación de argumentos y toma de decisiones éticas.

El esquema sugiere que cada dimensión aporta insumos diferentes para el desarrollo de dichas competencias. Desde lo jurídico, los estudiantes aprenden a leer normas y discursos normativos; desde lo político, a interpretar las relaciones de poder y los intereses en juego; y desde lo social, a reconocer la identidad, la cultura y la ciudadanía como campos de disputa simbólica. Estas conexiones refuerzan la idea de que la literatura vanguardista no se limita a ofrecer un contenido histórico, sino que actúa como un dispositivo pedagógico capaz de formar sujetos críticos.

El análisis de los resultados cualitativos evidencia que cuando los estudiantes trabajan con textos vanguardistas no se limitan a memorizar autores o corrientes, sino que logran establecer

conexiones con problemáticas contemporáneas que atraviesan su vida cotidiana. En la revisión de experiencias documentadas se observa que al leer narraciones de Pablo Palacio, los estudiantes reconocen en el absurdo y en lo irracional una metáfora de la deshumanización moderna. Esta lectura se traduce en discusiones sobre fenómenos actuales como la alienación digital, la violencia simbólica en redes sociales o la crisis ambiental, mostrando que el extrañamiento estético es un recurso para interrogar realidades concretas. Moreano subraya que la obra de Palacio debe ser comprendida como un espejo deformante que obliga al lector a salir de su zona de confort interpretativo, lo que se confirmó en la práctica pedagógica como un catalizador de debates críticos en el aula.

De manera semejante, la poesía de Carrera Andrade posibilita reflexiones en torno a la identidad cultural y la modernidad. Sus imágenes de ciudades mecanizadas y de paisajes americanos permiten a los jóvenes relacionar el pasado vanguardista con el presente urbano de Quito, Guayaquil o Cuenca. El resultado más llamativo es que, a través de la metáfora poética, los estudiantes articulan discursos sobre temas de actualidad como la migración, la contaminación y la desigualdad social, estableciendo un puente entre la estética literaria y la ciudadanía crítica. Proaño Arandi destacó esta capacidad de la poesía vanguardista para ofrecer una herencia libertaria que abre espacios de imaginación política, y la investigación confirmó que dicha herencia puede materializarse en el aula como un ejercicio de reflexión social.

El contraste con el currículo oficial resulta evidente: mientras los lineamientos ministeriales insisten en competencias estandarizadas de comprensión y producción textual, los textos vanguardistas permiten a los estudiantes enfrentarse a problemas abiertos y a significados en disputa. La literatura deja de ser un objeto cerrado para convertirse en un espacio de problematización. Tierra (2024) mostró que cuando se aplican metodologías activas como el aula invertida, los estudiantes no solo retienen información, sino que se apropian de ella para elaborar argumentos propios. En los resultados analizados, este fenómeno se repitió de manera constante: las clases basadas en textos vanguardistas generaron diálogos más dinámicos, menos centrados en la memorización y más orientados a la interpretación.

La conexión con problemáticas contemporáneas también se manifestó en el terreno de lo político y lo social. Los estudiantes identificaron en los manifiestos vanguardistas un antecedente de los actuales movimientos de resistencia cultural, lo que los llevó a comparar las luchas de los poetas de principios del siglo XX con reivindicaciones indígenas, feministas y ambientales actuales. Este hallazgo refuerza la tesis de Mariátegui sobre la legitimidad revolucionaria de la vanguardia solo cuando se conecta con un contenido social y emancipador. La práctica pedagógica mostró que, al

trabajar con estas fuentes, los estudiantes no se limitaron a reproducir discursos, sino que elaboraron posturas propias, expresadas en ensayos, debates y producciones creativas.

El resultado global indica que la literatura vanguardista funciona como un catalizador de competencias críticas que difícilmente emergen en una enseñanza tradicional del canon. Los jóvenes, enfrentados a textos que rompen la lógica habitual, desarrollan destrezas de análisis, argumentación y toma de decisiones éticas. La investigación confirma que la vanguardia no es un capítulo muerto de la historia literaria, sino un recurso vivo que, al ser llevado al aula, potencia la formación de ciudadanos críticos capaces de vincular estética y realidad.

Tabla 2. Competencias críticas activadas mediante el trabajo con literatura vanguardista

Competencia crítica	Manifestación en el aula con textos vanguardistas	Evidencia en experiencias documentadas
Análisis de posiciones	Identificación de las distintas lecturas posibles de un texto fragmentado o absurdo; contraste entre perspectivas del autor, del docente y de los estudiantes.	Debates y ensayos interpretativos que muestran diversidad de posturas.
Evaluación de evidencias	Reconocimiento de los elementos formales del texto como recursos de crítica; análisis de contextos históricos para comprender la ruptura.	Uso de mapas conceptuales y resúmenes críticos en prácticas didácticas recientes.
Formulación de argumentos	Elaboración de hipótesis sobre el sentido de la obra; defensa de interpretaciones en foros y discusiones.	Exposiciones orales y dramatizaciones que conectan vanguardismo con problemáticas actuales.
Toma de decisiones éticas	Reflexión sobre el papel de la literatura en la sociedad; cuestionamiento de discursos de poder y exclusión.	Producción de escritos en los que los estudiantes proponen visiones alternativas de ciudadanía.

El análisis de esta tabla sintetiza cómo la interacción con textos vanguardistas activa competencias que difícilmente se desarrollan en enfoques tradicionales. El aula deja de ser un espacio de repetición de conocimientos para convertirse en un foro de interpretación y construcción de sentido. Los estudiantes no solo leen a Carrera Andrade o a Palacio como autores canónicos, sino que los experimentan como detonadores de pensamiento crítico. Esta diferencia resulta fundamental, pues marca el tránsito de una enseñanza pasiva a una pedagogía activa y dialógica.

La evidencia recogida muestra que el vanguardismo, al introducir incertidumbre y ambigüedad, obliga al estudiante a elaborar interpretaciones personales. Este hallazgo es coherente

con lo señalado por Octavio Paz, cuando afirmaba que la vanguardia representaba la clausura de la tradición de la ruptura y, al mismo tiempo, la apertura a una nueva forma de pensar el tiempo y la creación. En el aula, esa apertura se traduce en la posibilidad de que cada estudiante construya una versión propia del texto, legitimando su voz en el proceso educativo.

El contraste con la práctica tradicional revela que la literatura vanguardista funciona como una pedagogía implícita. Frente a la linealidad del currículo, los textos vanguardistas enseñan a lidiar con la complejidad, a aceptar la incertidumbre y a valorar la multiplicidad de interpretaciones. Estos resultados se vinculan con la idea de Mariátegui de que la vanguardia solo cobra sentido pleno cuando conecta con contenidos emancipadores. La investigación confirma que esta conexión es posible en el aula ecuatoriana, siempre que el docente se atreva a transgredir la lectura utilitaria y abra espacios de experimentación.

El balance de resultados indica que la literatura vanguardista puede convertirse en un eje articulador de competencias críticas en el bachillerato ecuatoriano. No se trata únicamente de introducir nuevos contenidos en el currículo, sino de transformar el modo en que los estudiantes se relacionan con la literatura. La ruptura del lenguaje se convierte así en una metáfora viva de la ruptura con la pasividad educativa. De este modo, los hallazgos de esta investigación ofrecen un fundamento sólido para replantear la enseñanza de la literatura como un espacio de formación ciudadana, estética y ética.

CONCLUSIONES

Las conclusiones de esta investigación permiten comprender que la literatura vanguardista, en particular la ecuatoriana, no puede ser entendida únicamente como un capítulo cerrado de la historia literaria, sino como un recurso vivo que conserva una enorme potencia formativa en el presente. La revisión de los textos, la sistematización de experiencias pedagógicas y el análisis del currículo oficial muestran que la ruptura del lenguaje, lejos de ser un simple gesto estético, representa una pedagogía en sí misma. Al desestabilizar las formas convencionales, los textos vanguardistas obligan al lector a interrogar el mundo, a cuestionar los discursos establecidos y a ensayar interpretaciones alternativas. Este potencial, trasladado al aula de bachillerato, se convierte en un motor para la formación de ciudadanos críticos.

La primera conclusión fundamental es que la literatura vanguardista enseña a pensar desde la incertidumbre. La pedagogía tradicional suele ofrecer certezas, respuestas únicas y evaluaciones basadas en la repetición. En cambio, la vanguardia invita a aceptar la ambigüedad y la multiplicidad de

sentidos. Esta diferencia tiene un enorme valor en la educación actual, pues prepara a los estudiantes para desenvolverse en sociedades complejas y cambiantes, donde las certezas absolutas rara vez existen. El hábito de enfrentarse a un texto que rompe con la lógica habitual fortalece la capacidad de los jóvenes para reconocer que la realidad misma es plural y conflictiva.

Un segundo aporte radica en que la literatura vanguardista permite tender puentes entre lo estético y lo social. Las obras de Palacio o de Carrera Andrade no se limitan a experimentar con las palabras, sino que dialogan con los procesos históricos de modernización, desigualdad y búsqueda de identidad en el Ecuador y en América Latina. Al ser llevadas al aula, estas obras ofrecen a los estudiantes la posibilidad de comprender que la literatura no está separada de la vida, sino que constituye un modo de leer críticamente la historia y de posicionarse frente a la realidad social. En este sentido, trabajar con la vanguardia significa abrir un espacio para la formación de una ciudadanía sensible y consciente de su contexto.

En el plano pedagógico, la investigación concluye que la inclusión de la vanguardia exige metodologías activas y participativas. No basta con mencionar a los autores en un programa ni con leer fragmentos aislados; es necesario propiciar debates, dramatizaciones, producciones creativas y dinámicas que permitan a los estudiantes apropiarse de la ruptura estética como experiencia personal. La enseñanza de la literatura solo adquiere sentido transformador cuando deja de ser una transmisión de contenidos y se convierte en un ejercicio de construcción colectiva de significados. De este modo, la vanguardia se revela como un recurso idóneo para renovar las prácticas didácticas, ofreciendo a los docentes un material rico para estimular la creatividad y el pensamiento crítico.

Otra conclusión importante es que la relación entre currículo oficial y literatura vanguardista debe ser revisada. El currículo de Lengua y Literatura ha mostrado avances al reconocer la importancia de la diversidad cultural, pero aún conserva un enfoque utilitario que tiende a neutralizar la radicalidad de los textos. Si se desea realmente formar ciudadanos críticos, el currículo debe abrirse a la incorporación plena de obras que cuestionen las formas dominantes de representación. Esto implica un cambio de paradigma: en lugar de concebir la literatura como un adorno cultural o como una herramienta de cohesión, reconocerla como un espacio de disputa simbólica y de construcción democrática.

Los hallazgos también permiten concluir que el vanguardismo ofrece una oportunidad para conectar la enseñanza literaria con los desafíos contemporáneos. Los estudiantes que leen textos fragmentarios, absurdos o disruptivos reconocen en ellos ecos de fenómenos actuales como la desinformación digital, las tensiones políticas o las crisis ambientales. Este hallazgo revela que la

literatura vanguardista no pertenece solo al pasado, sino que sigue siendo actual por su capacidad de cuestionar las narrativas dominantes y de abrir horizontes alternativos. Así, el aula se convierte en un laboratorio donde los jóvenes ensayan respuestas críticas frente a los problemas del presente.

Esta investigación concluye que la literatura vanguardista debe ser entendida como una herramienta para la formación ética de los estudiantes. Al confrontarlos con lo irracional, lo feo o lo ambiguo, los textos los invitan a tomar decisiones, a evaluar posturas y a construir argumentos propios. Este proceso no se limita al campo literario, sino que prepara a los jóvenes para la vida en sociedad, donde constantemente deben decidir frente a discursos contradictorios y realidades complejas. En este sentido, la vanguardia se convierte en una pedagogía de la libertad, que enseña a los estudiantes a no conformarse con lo dado y a ejercer su capacidad crítica de manera activa.

La investigación, por tanto, reafirma la vigencia de la vanguardia como recurso pedagógico y cultural. Sus rupturas, lejos de ser obstáculos, son puertas abiertas a la creatividad y a la reflexión. Incorporar la literatura vanguardista en el bachillerato ecuatoriano no significa únicamente ampliar el canon, sino transformar la enseñanza en un proceso más democrático, más crítico y más conectado con la realidad social. Esta es la principal proyección de este trabajo: mostrar que la ruptura estética es también una invitación a la ruptura pedagógica, y que ambas pueden contribuir a formar generaciones más libres, más críticas y más comprometidas con su tiempo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Carrera Andrade, J. (1935). *Biografía de la poesía ecuatoriana*. Quito: Editorial Gutenberg.
- De la Fuente, R. (2005). La vanguardia latinoamericana en dos momentos históricos. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 31(62), 9–22.
- Donoso Pareja, M. (1982). *El cuento ecuatoriano*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Escudero, H. (1937). *Horno*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Fernández Retamar, R. (1970). *Calibán: Apuntes sobre la cultura en nuestra América*. La Habana: Casa de las Américas.
- Guerrero, M., & López Valero, A. (1993). *Didáctica de la lengua y la literatura: Fundamentos para una enseñanza crítica*. Madrid: Síntesis.
- Icaza, D. (1934). *Huasipungo*. Quito: Editorial Claridad.
- Mariátegui, J. C. (1928). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.
- Marzano, R. (2007). *The art and science of teaching: A comprehensive framework for effective instruction*. Alexandria, VA: ASCD.
- Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador. (2021). *Informe sobre conocimiento literario en estudiantes de bachillerato*. Quito: MCP.
- Ministerio de Educación del Ecuador. (2016). *Currículo de Lengua y Literatura para el bachillerato general unificado*. Quito: MINEDUC.
- Monereo, C. (1994). *Estrategias de enseñanza y aprendizaje*. Barcelona: Graó.
- Moreano, A. (2015). Pablo Palacio y la narrativa ecuatoriana de vanguardia. Quito: Universidad Central del Ecuador.
- Palacio, P. (1927). *Un hombre muerto a puntapiés*. Quito: Editorial Claridad.
- Palacio, P. (1927). *Débora*. Quito: Editorial Claridad.
- Paz, O. (1974). *Los hijos del limo: Del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona: Seix Barral.
- Pesántez Rodas, R. (1978). *Literatura ecuatoriana: Ensayo de interpretación histórica*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Pini, I. (2005). *Vanguardia latinoamericana y formas de representación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Poggioli, R. (1962/2001). *Teoría de la vanguardia* (Trad. A. Risco). Madrid: Taurus.
- Proaño Arandi, F. (1991). *La herencia convulsa: Poesía ecuatoriana de vanguardia*. Quito: El Conejo.



- Rengifo Vásconez, D. (2023). Educación, ideología y literatura en Ecuador: Un análisis crítico del currículo. *Revista de Educación y Cultura*, 12(2), 45–62.
- Sandoval, V. (1995). *La narrativa ecuatoriana de vanguardia: Pablo Palacio y la ruptura del realismo*. Quito: Abya-Yala.
- Tierra, M. E. (2024). Estrategias didácticas para la enseñanza de la literatura ecuatoriana en estudiantes de tercero de bachillerato. *Revista Pedagógica UNACH*, 4(2), 33–52.
- Vallejo, C. (1922). *Trilce*. Lima: Editorial Minerva.
- Videla, G. (1995). *Vanguardia y literatura: El lenguaje como ruptura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Villacís, M. (2018). *Lengua y literatura en el bachillerato ecuatoriano: Desafíos y perspectivas*. Quito: Editorial Universitaria.
- Vite, A. (2019). *La enseñanza de la literatura en contextos interculturales*. Cuenca: Universidad de Cuenca.
- Zambrano, C. (2017). *Didáctica crítica de la literatura ecuatoriana en el aula secundaria*. Loja: UTPL.
- Zavala, I. (2000). *Modernidad y vanguardia en América Latina*. Madrid: Iberoamericana.
- Zúñiga, J. (2015). *La poesía ecuatoriana del siglo XX: Canon y ruptura*. Quito: PUCE.

CONFLICTO DE INTERÉS:

Los autores declaran que no existen conflicto de interés posibles

FINANCIAMIENTO

No existió asistencia de financiamiento de parte de pares externos al presente artículo.

NOTA:

El artículo no es producto de una publicación anterior.